

070. Llamados a la intimidad

¿Cuál es la felicidad más grande que existe?... Si hiciéramos esta pregunta en un grupo, escucharíamos muchas respuestas. Pero todas, al final —y explicadas de una manera u otra por cada uno—, irían a parar a ésta: *a la intimidad del amor*. Gozar del amor en la intimidad es la dicha mayor en que soñamos. Y no lo vamos a poder cambiar, porque Dios nos ha hecho así. Y nos ha hecho así, porque nos ha creado a su imagen y semejanza.

Algunos preguntarán: ¿Y qué tiene que ver nuestra intimidad humana con Dios? Pues, muy sencillo: porque Dios es intimidad de Tres Personas. ¡Hay que ver cómo el Padre debe amar a su Hijo y el Hijo al Padre! ¡Hay que ver cómo debe ser el Espíritu Santo, amor con que el Padre y el Hijo se aman desde toda la eternidad!... Este amor de intimidad divina es la grande e infinita felicidad de Dios.

Entonces, puesto que Dios nos ha hecho como es Él, nosotros no hallamos mayor felicidad que la comunicada por la intimidad del amor.

Intimidad que hoy es humana.

Intimidad que ya es también divina, porque sentimos a Dios dentro de nosotros.

Intimidad que será divina totalmente cuando estemos engolfados en la visión de Dios, disfrutando de su misma felicidad, y esto para siempre.

Intimidad, que, al ser divina totalmente en el Cielo, se expandirá hacia todos los que compartiremos la misma gloria.

Todo se verá consumado en la intimidad con Dios, con los ángeles y con todos los hombres y mujeres glorificados.

La intimidad que hoy se puede disfrutar en la tierra, aunque sea la mayor felicidad que aquí disfrutamos, no es más que un barrunto lejano de la intimidad que Dios disfruta en el seno de su Trinidad y a la cual nos está llamando.

Hagamos lo que hagamos en el mundo, estemos atentos o distraídos, tanto conscientemente como inconsciente, no suspiramos sino por ese Dios que nos llama a su intimidad para llenar el vacío inmenso del corazón. Un inspirado poeta hindú lo expresó con estos versos sentidos:

Mientras velo, como, trabajo, sueño,
duermo, medito, canto y divinamente amo,
mi alma susurra sin cansarse,
sin que nadie la oiga:
Dios, Dios, Dios...

Basta que discurramos un poco sobre nosotros mismos, para descubrir en lo más profundo de nuestro ser un ansia siempre insatisfecha de más felicidad, más felicidad, más felicidad... No llegaremos nunca en esta vida a quedar saciados.

Esta insatisfacción es la prueba más grande que tenemos para ver que Dios nos llama a su intimidad. Si Dios no hubiera de satisfacer esta necesidad nuestra, diríamos que Dios no ha hecho bien las cosas; que nos habría creado para el tormento; que seríamos para siempre unos desgraciados.

Y Dios no solamente no ha hecho las cosas mal ni se complace en nuestra infelicidad, sino que al hacernos así ha demostrado lo que nos dice Juan, cuando nos asegura que *Dios es amor*.

Por amor, toma el Padre la iniciativa de la creación.

Por amor, el Hijo, hecho hombre en Jesucristo y ardiendo en amor nuestro, nos redime cuando nos ve sepultados en la culpa y en la condenación;

Y con amor indecible sigue derramando Dios el amor en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos da.

Es interesante a este propósito lo que le ocurrió a San Juan de la Cruz.

Había en un convento una religiosa que hacía prodigios con su saber. La Biblia la explicaba como nadie, y eso que no tenía estudios. Preocupaba los Superiores tanto fenómeno raro, y mandaron para examinarla a los teólogos más competentes, los cuales no sacaban nada en claro.

Por fin, invitan a San Juan de la Cruz, el cual desde un principio pensó que la pobre monja estaba poseída del Demonio. Para asegurarse, y antes del exorcismo, le invita a que le traduzca estas palabras del Evangelio que cada día se leían en latín al final de la Misa: *Et Verbum, caro factum est et habitavit in nobis*. La monja traduce rápida del latín al español:

- *Y el Verbo se hizo hombre y habitó entre VOSOTROS.*

El Padre Juan le corrige con aparente naturalidad:

- *No es entre vosotros, sino entre NOSOTROS.*

Y la monja insiste con violencia:

- *¡Mientes! Es entre VOSOTROS.*

San Juan de la Cruz tuvo bastante para saber que la pobre monja estaba endemoniada. Porque el Demonio está excluido para siempre del amor. Es el desgraciado que no puede amar ni ser amado. Por lo mismo, Dios no cabe entre los demonios ni los demonios pueden recibir al Dios que es amor.

La manifestación más grande del amor de Dios la tenemos en Jesucristo. Cuando nos ve perdidos, cuando no se hallaba remedio para nuestra desgracia, Dios manda su Hijo al mundo para que nos salve y para establecer con nosotros una relación de amor.

Vino Dios a nosotros y vivió con nosotros porque nos amaba, para que le amáramos, para que fuéramos El y nosotros unos amantes apasionados a lo divino...

Tenemos a Dios presente en lo más profundo e íntimo del alma. Por eso no hay momento en que no podamos y debamos ser felices. Si Dios nos da la felicidad de su intimidad, vemos la verdad que contiene la letrilla inmortal de Teresa: *Quien a Dios tiene, nada le falta. Sólo Dios basta.*